

Cuando las *salas* y las *recámaras* se convierten en aulas

Reflexiones de espacio y tiempo durante el coronavirus

Guillermina Gina Núñez-Mchiri



Desde mediados de marzo del 2020 cambió la forma en que nos comunicamos con nuestros alumnos y colegas universitarios, así como cambiaron también nuestras rutinas y vidas. Ahora, doy clases universitarias desde mi sala y veo a mis alumnos conectarse a mi clase cada jueves de 10:30 am a 11:50 am. Fueron mis estudiantes quienes pidieron reunirse “en clase” y tener “contacto” virtual conmigo y se los agradezco. En la academia nos preguntamos cómo responder al reto de humanizar la educación durante este periodo de reclusión en casa durante la epidemia del coronavirus (COVID-19), comúnmente llamado “el Rona”.





"Salas como aulas", Guillermina Gina Núñez-Mchiri, 2020.

En la Universidad de Texas en El Paso hemos transitado los cursos al formato virtual durante un periodo de dos semanas para poder seguir enseñando. Debatimos si es mejor dar clases en forma sincrónica o asincrónica, tratando de conseguir formas de comunicarnos con los alumnos de varias maneras. Dar clases virtuales por internet no es un concepto nuevo en la Universidad, pero el tener que cambiar de modo de enseñanza en un par de semanas ha sido un ajuste que nos ha transformado a todos. Algunos tenemos más experiencia con la tecnología que otros en la facultad; las diferencias digitales se ven en aquellos que no han querido adoptar nuevas tecnologías pedagógicas por algún motivo o quienes temen arriesgarse a verse torpes ante sus alumnos por no saber manejarlas. Ahora no nos queda más que tener que actualizar nuestros conocimientos digitales para poder

intercambiar conocimientos con el alumnado y con los colegas en reuniones virtuales. Esto de la tecnología hace que los días en casa sean largos y las jornadas laborales pierdan sus parámetros que han definido nuestros espacios públicos de trabajo y los espacios privados en casa. En este momento del *virus*, la casa-hogar-oficina-aula-sala de reuniones se ha convertido en un solo espacio y los tiempos se empalman al “salir” de una reunión para entrar a otra.

Después del coronavirus, la pedagogía universitaria jamás volverá a ser lo que era antes. Nos hemos transformado para dar clases virtuales con el riesgo de deshumanizar la enseñanza. Al estar en casa para evitar contraer el *virus*, hemos aprendido a ver ciertas vulnerabilidades y retos que los alumnos y la facultad enfrentan. Mientras yo imparto clase desde la sala de mi casa, veo las recámaras, las cocinas y las cocheras de mis alumnos. Veo a sus hijos y a sus mascotas que no entienden de horas escolares y de protocolos digitales, mientras mi propio hijo me pide ayuda con sus tareas y comida para saciar su hambre durante todo el día. Hay momentos que yo no sé si estoy trabajando o estoy descansando porque el tiempo y los espacios se convergen en un solo tiempo y espacio.

Desde mi sala veo a mis estudiantes cansados y estresados porque no pueden salir a trabajar, porque tienen familias que cuidar, porque están encerrados entre cuatro paredes sin salir a respirar. Hablamos de estrategias, de fijar metas, de buscar forma y maña de crear una sensación de normalidad y de conseguir logros modestos un día a la vez. Hay días buenos y días que solo queremos quedarnos en cama y no salir de ella. Como profesora, trato de arreglarme todos los días para “irme” a trabajar, porque tengo que entrar a reuniones en forma digital, sentada en un sillón de mi sala enfrente de



mi computadora. Ya me duele la espalda y la cadera de pasar tantas horas sentada. En la Universidad yo solía estar parada dando clases y caminando de un edificio al otro. Ahora trato de salir por la tarde para ver la puesta del sol y respirar un poco de aire. Necesito salir, moverme y sentir el fresco para saber que sigo viva y para poder mantenerme sana física y emocionalmente.

Es durante este espacio de tiempo en nuestra historia de la humanidad que el mundo vuelve a respirar aire limpio, que los animales salen a reclamar sus espacios, en el cual nos hemos refundido en los espacios más íntimos de nuestros hogares para buscar refugio y poder alejarnos del peligroso coronavirus. Dentro de nuestra sociedad, existen muchas personas sin poder quedarse en casa porque tienen la necesidad de ir a trabajar como cajeras, enfermeras, trabajadoras de limpieza y otro tipo de labores que no permiten ese lujo. Las mujeres en sus casas y fuera de ellas siguen con su primera jornada y con las que siguen. Cargamos con el trabajo, con la escuela de los hijos, con los alimentos, con cuidar la salud de nuestras familias y terminamos llenas de cansancio, tristeza y resentimientos.

En una plática con mis estudiantes sobre las diferencias entre clases virtuales y clases en persona, un alumno dijo que prefería ir a la Universidad en persona porque esto le creaba un propósito en su vida, en particular después de terminar un día de clases y regresar a casa con un sentido de rendimiento y de logro. Lo comprendo. Hoy mi logro es saber que sigo viva, que cuido de mi familia, que hoy mi logro fue conectarme y humanizarme con mis alumnos, recordando que un día yo también fui estudiante. Después de que pase lo del *virus*, sucederán muchos cambios, porque regresar a la normalidad nos enfermó y envenenó el aire, el agua y la tie-

rra. Es tiempo de desarmar viejas rutinas, reclamar nuestros tiempos y espacios, quebrar barreras, desarticular expectativas de productividad y definir lo que realmente importa.

